

Sumario

Nora Catelli
Marietta Gargatagli

Agradecimientos 11

Prólogo 13

Advertencia 21

SIGLOS X AL XIII **EL TABACO** 23

QUE FUMABA PLINIO

Escenas de la traducción en España y América:
relatos, leyes y reflexiones sobre los otros

La respuesta de Maimónides 31

La respuesta de Andrés Bello 34

Las traducciones de Plinio el Viejo 37

SIGLOS XIV Y XV 43

El linaje del traductor: Pico López de Ayala 43

Oña Dica [Álvaro de Arce] de Góngora 45

El placer de la tabacalera: Alonso de Cartagena 47

El tabaco en el siglo XV [Enrique de Villena] 49

En el laboratorio [Juan de Mena] 51

Las raras de un siglo [Juan de Mena] 53

La ignorante locura [Juan de Mena] 55

La invención del alma [Juan de Mena] 57

Carta a la reina [Alonso de Ercilla] 59

La voz del Almirante y su sucesor [Alonso de Ercilla] 61

y Bartolomé de las Casas 63

SIGLOS XVI Y XVII 65

La madre de la lengua 65

La madre de la lengua 67

de las Catelli 69

El idioma de la lengua 71

de las Catelli 73

de las Catelli 75

de las Catelli 77

Ediciones  del Serbal

EL TABACO QUE FUMABA FINO

Escenas de la traducción en España y América

Ediciones del Serbal

N.º inv. 44842.....

Sig. Top. 82.03 - CAT.....

Fecha de Alta... 27.06.12.....

Ilustración de la portada:

-Retrato de un abad benedictino-,
Jan Polack (1484, óleo sobre lienzo)
© Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid

Primera edición 1998

© 1998, Nora Catelli, Marietta Gargatagli
© 1998, Ediciones del Serbal
Francesc Tàrraga, 32-34 - 08027 Barcelona
Tel. 93 408 08 34 - Fax. 93 408 07 92
Apartado de Correos 1386 - 08080 Barcelona
Correo electrónico: serbal@ed-serbal.es
<http://www.ed-serbal.es>

ISBN:84-7628-261-3

Impreso en España

D. L.: B. 37.287-98

Impresión: Romanyà Valls S.A.

LA ENREDADERA O "MARINA, LA QUE YO CONMIGO SIEMPRE HE TRAÍDO"

Para el retrato de la traductora Marina, protagonista de uno de los episodios más importantes de la historia de América, disponemos de textos contrastados. Se trata de la escena de la llegada de los españoles a Tenochtitlán y de la traducción múltiple entre Hernán Cortés, Aguilar –español ex cautivo de los indios–, Marina-Malintzin –la india de Tabasco regalada a Cortés– y Moctezuma, emperador de los aztecas.

El cuadro merece una revisión biográfica de sus participantes. Al menos de los dos relativamente desconocidos: Aguilar y Marina. Pero hay que empezar por un quinto miembro ausente, Gonzalo Guerrero, marino en un bergantín, quien en 1512 había naufragado en las costas de Yucatán. Recogido por los mayas, había aprendido algo de su idioma. Se pintó la piel, se tatuó, se perforó las orejas y fue polígamo. Cuando ya se sentía "indianizado" le llegó un compañero también náufrago, Jerónimo de Aguilar, quien luego sería uno de los actores del episodio. Cuenta Bernal Díaz que siete años más tarde, en 1519, cuando los rescató Cortés, Guerrero se negó a partir con sus compatriotas: "Qué dirán de mí los españoles cuando me vean ir de esta manera. E ya veis estos mis tres hijitos que bonitos que son". Aguilar insiste a Guerrero: "que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima... Y por más que le dijo e amonestó, no quiso venir". Aguilar en cambio se sumó a Cortés en la marcha hacia el imperio azteca.

Y ¿quién era Malintzin, la Malinche? Es la india, como emblema de la traición y de la entrega de los americanos a los conquistadores. A pesar de que muchos advirtieron su importancia política e histórica –José Cadalso en una de sus *Cartas marruecas*, por ejemplo–, el emblema que Octavio Paz propone como símbolo de México en *El laberinto de la soledad* es un producto del siglo XIX, una suma romántica de teatro, leyendas decimonónicas y literatura de la independencia mexicana. Tzvetan Todorov, en este punto algo esquemático, la reivindica, junto con Diego Durán, como "un des premiers mexicains, ni Espagnol ni Aztèque". De manera que la traductora-traidora ancestral no tiene más que dos siglos y medio de existencia simbólica, y sólo desde el surgimiento de la nación mexicana independiente cristalizó la leyenda de Malintzin, la Malinche, Marina o doña Marina.

A pesar de la afirmación de Todorov no era mexicana sino india, y se llamaba, probablemente, Malinalli, nombre del día duodécimo del mes del calendario azteca, asociado al Sur y a las cuerdas o hierbas, de donde en náhuatl "enredadera". El nombre con que se la conocía, Malintzin, lleva el sufijo *tzin* de cortesía, lo cual indica que se la trataba con el respeto que se dispensa a los principales. Discuten su identidad desde el principio inconta-

bles tratadistas, cronistas e historiadores; le dedica Bernal Díaz el capítulo XXXVII de la *Historia verdadera* (escrita probablemente en 1568 y publicada por primera vez en Madrid en 1632); afirma allí su importancia como consejera e intérprete y la hace hija de los caciques de Painal. La suma de sus andanzas tiene tanto de biografía como de "vida paralela" a la de fuentes occidentales librescas, como si fuese una mezcla de novela bizantina y relato bíblico: que su madre y su padrastro la habrían vendido a comerciantes de Xicalanco que la llevaron a Tabasco; que allí fue criada y allí la entregaron a Cortés junto con diecinueve mujeres más; que a su vez Cortés la "entregó" a Alonso Hernández Puertocarrero; que el padre Olmedo la cristianizó en Tabasco; que Marina sonaba a Malintzin y así la bautizaron; que los españoles la trataban con respeto ("doña Marina"); que cuando Puertocarrero se fue a España, Cortés se la quedó; que tuvieron un hijo, Martín Cortés, comendador de Santiago, a quien su padre apreciaba. Y sigue la novela bizantina y el relato bíblico, ahora mezclado con brutal crónica de soldadesca: que Cortés y ella iban siempre juntos; que los indios llamaban Malintzin a Cortés y los españoles convertían al conquistador también en "Malinche"; que en 1524, durante una expedición, Cortés la dio en matrimonio –dicen que esa noche estaban todos los hombres borrachos– al capitán Juan Jaramillo. En la "Quinta Relación", el único lugar de las *Cartas* en donde la llama por su nombre, Cortés expresa toda la ambigüedad del señor que posee y del poderoso que necesita. Cuenta Bernal Díaz –quizá influido por el relato bíblico de José y sus hermanos, que él mismo utiliza como término de comparación– que Marina llegó a encontrarse con su madre y su hermanastro, quienes fueron bautizados como Marta y Lázaro. Por fin, la gloria: Marina y Jaramillo regresaron de Honduras con una hija, María, y se establecieron en México-Tenochtitlán, donde el gran Cortés les dio encomiendas.

Para Hernán Cortés la Malinche fue un instrumento invaluable. En las *Cartas de relación* las menciones de Malintzin, siempre sin nombre, son escuetas, y la traductora es invisible durante la escena crucial, aunque aparezca en la "Quinta Relación" (publicada por primera vez en 1844, al revés de las anteriores, que circularon impresas muy tempranamente).

Marina según Cortés

En tres días que allí estuve proveyeron muy mal y cada día peor, y muy pocas veces me venían a ver ni hablar los señores y personas principales de la cibdad. Y estando algo perplejo en esto, a la lengua que yo tengo, que es una india de esta tierra que hobe en Putunchan, que es el río grande de que ya en la primera relación a

Vuestra Majestad hice memoria, le dijo otra natural desta cibdad cómo muy cerquita de allí estaba mucha gente de Muteçuma junta, y que los de la cibdad tenían fuera [...] y que habían de dar sobre nosotros para nos matar a todos, y si ella se quería salvar que se fuese con ella, que la guarescería. La cual lo dijo a aquel Jerónimo de Aguilar, lengua que yo hobe en Yucatán, de que ansimesmo a Vuestra Alteza hobe escrito, y me lo hizo saber. Y yo tomé uno de los naturales de la dicha cibdad que por allí andaba y le aparté secretamente, que nadie lo vio, y le interrogué y confirmó con lo que la india y los naturales de Tascaltecal me habían dicho. [...]

Pasada esta puente, nos salió a rescebir aquel señor Muteçuma con fasta du-cientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa ansimismo bien rica a su uso y más que la de los otros. Y venían en dos procesiones muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha y muy fermosa y derecha, que de un cabo se parece el otro y tiene dos tercios de legua y de la una parte y de la otra muy buenas y grandes casas ansí de aposentamientos como de mezquitas. Y el dicho Muteçuma venía por medio de la calle con dos señores, el uno a la mano derecha y el otro a la izquierda, de los cuales el uno era aquel señor grande que dije que me había salido a hablar en las andas y el otro era su hermano del dicho Muteçuma, señor de aquella cibdad de Yztapalapa de donde yo aquel día había partido, todos tres vestidos de una manera, exceto [que] el Muteçuma iba calzado y los otros dos señores descalzos. Cada uno le llevaba de su brazo. Y como nos juntamos yo me apeé y le fui a abrazar solo, y aquellos dos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase. Y ellos y él hicieron ansimismo cerimonia de besar la tierra, y hecha, mandó a aquel su hermano que venía con él que se quedase conmigo y me llevase por el brazo, y él con el otro se iba adelante de mí poquito tercho. Y después de me haber él hablado, vinieron ansimismo a me hablar todos los otros señores que iban en las dos procesiones en orden uno en pos de otro, y luego se tornaban a su procesión. Y al tiempo que yo llegué a hablar al dicho Muteçuma quitéme un collar que llevaba de margaritas y diamantes de vidrio y se lo eché al cuello. Y después de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo con dos collares de camarones envueltos en un paño que eran hechos de huesos de caracoles colorados que ellos tienen en mucho. Y de cada collar colgaban ocho camarones de oro de mucha perfición, tan largos como un jeme, y como se los trujeron se volvió a mí y me los echó al cuello. Y tornó a seguir por la calle en la forma ya dicha fasta llegar a una muy grande y muy hermosa casa que él tenía para nos aposentar bien adresada, y allí me tomó por la mano y me llevó a una grand sala que estaba frontero del patio por do entramos y allí me fizo sentar en un estrado muy rico que para él lo tenía mandado hacer. Y me dijo que le esperase allí y él se fue. Y dende a poco rato, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió con muchas y diversas joyas de oro y plata y plumajes y con fasta cinco o seis mill piezas de ropa de algodón muy ricas y de diversas maneras tejida y labrada. Y después de me la haber dado, se sentó en otro estrado que luego le hicieron allí junto con el otro donde yo estaba [...]

[...] y para que creyese ser verdad, que se informase de *aquella lengua que con él hablaba –que es Marina, la que yo conmigo siempre he traído–* porque allí me la habían dado con otras veinte mujeres. Y ella le habló y le certificó dello y cómo yo había ganado a México, y le dijo todas las tierras que yo tengo sujetas y puestas debajo del imperio de Vuestra Majestad.

25. Hernán Cortés, *Cartas de relación*, edición, introducción y notas de Ángel Delgado Gómez, Madrid, Castalia, 1993.

Adviértase, junto a la descripción del sagaz trabajo interpretativo del conquistador Cortés en el capítulo XXVII, el refinado recuento de las dotes de Marina como espía, enredosa, engatusadora, embaucadora, retórica habilísima y persuasiva.

26

Bernal Díaz: biógrafo de Marina

La historia verdadera

Cómo Cortés supo de dos españoles que estaban en poder de indios en la punta de Cotoche, y lo que sobre ello se hizo.

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí y a un vizcaíno que se decía Martín Ramos, y nos preguntó qué sentíamos de aquellas palabras que nos hubieron dicho los indios de Campeche cuando vinimos con Francisco Hernández de Córdoba, que decían: *Castilan, castilan*, según lo he dicho en el capítulo [III] que de ello trata; y nosotros se lo tornamos a contar según y de la manera que lo habíamos visto y oído. Y dijo que ha pensado muchas veces en ello, y que por ventura estarían algunos españoles en aquella tierra, y dijo: "Páreceme que será bien preguntar a estos caciques de Cozumel si saben alguna nueva de ellos". [...] Y escrita la carta, decía en ella: "Señores y hermanos: Aquí, en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiédeses menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar; veníos con toda bre-

vedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchan".

Y luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y rescates; y en dos días les dieron a un español que se decía Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré, y después que las hubo leído y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello y lo llevó a su amo el cacique para que le diese licencia, la cual se la dio [para] que se fuese adonde quisiese. Y caminó Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo, cinco leguas de allí, y como le leyó las cartas, Gonzalo Guerrero le respondió: "Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos, y tiéname por cacique y capitán cuando hay guerras; idos con Dios, que yo tengo bien labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera! Y ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra". Y asimismo la india mujer de Gonzalo habló a Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo: "Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; idos vos y no curéis de más pláticas". Y Aguilar tornó a hablar a Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar. Y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir; y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y de que Jerónimo de Aguilar vio que no quería venir se vino luego con los dos indios mensajeros adonde había estado el navío aguardándole, y después que llegó no le halló, que ya era ido, porque ya se habían pasado los ocho días y aun uno más, que llevó de plazo el Ordaz para que aguardase; porque desde que Aguilar no venía, se volvió a Cozumel sin llevar recaudo a lo que había venido. Y desde que Aguilar vio que no estaba allí el navío, quedó muy triste y se volvió a su amo, al pueblo donde antes solía vivir.

Cómo vinieron todos los caciques y calachonis del río Grijalva, y trajeron un presente y de lo que sobre ello pasó.

Otro día de mañana, que fueron a quince días del mes de marzo de mil quinientos diez y nueve años, vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo de Tabasco, y de otros comarcanos, haciendo mucho acato a todos nosotros, y trajeron un presente de oro, que fueron cuatro diademas y unas lagartijas, y dos como perrillos y orejeras, y cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro como de sus cotaras, y otras cosillas de poco valor, que ya no me acuerdo qué tanto valían. Y trajeron mantas de las que ellos hacían, que son muy bastas, porque ya habrán oído decir los que tienen noticia de aquella provincia que no

las hay en aquella tierra sino de poca valía. Y no fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana. Y dejaré esta plática y de hablar de ella y de las demás mujeres que trajeron, y diré que Cortés recibió aquel presente con alegría y se apartó con todos los caciques y con Aguilar, el intérprete, a hablar; y les dijo que por aquello que traían se lo tenía en gracia, mas que una cosa les rogaba: luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente y mujeres e hijos, y que dentro en dos días le quiere ver poblado, y que en esto conocerá tener verdadera paz. Y luego los caciques mandaron llamar todos los vecinos, y con sus hijos y mujeres en dos días se pobló; y lo otro que les mandó, que dejasen sus ídolos y sacrificios, y respondieron que así lo harían; y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo, las cosas tocantes a nuestra santa fe, y cómo éramos cristianos y adorábamos en un solo Dios verdadero, y se les mostró una imagen muy devota de Nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos, y se les declaró que en aquella santa imagen reverenciamos, porque así está en el Cielo y es Madre de Nuestro Señor Dios. Y los caciques dijeron que les parecía muy bien aquella gran *tececiguata*, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque a las grandes señoras en aquellas tierras, en su lengua, llaman *tececiguatas*. Y dijo Cortés que sí daría, y les mandó hacer un buen altar, bien labrado, el cual luego hicieron. [...] Y más les preguntó de qué parte traían oro y aquellas joyezuelas; respondieron que hacia donde se pone el sol, y decían "Culúa" y "México", y como no sabíamos qué cosa era *México* ni *Culúa*, dejábamoslo pasar por alto. Y allí traíamos otra lengua que se decía Francisco, que hubimos cuando lo de Grijalva, ya otra vez por mí memorado, mas no entendía poco ni mucho la de Tabasco, sino la de Culúa, que es la mexicana, y medio por señas dijo a Cortés que *Culúa* era muy adelante, y nombraba *México* y no lo entendimos.

Y en esto cesó la plática hasta otro día, que se puso en el altar la santa imagen de Nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos, y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo; y estaban todos los caciques y principales delante, y púsose nombre a aquel pueblo Santa María de la Victoria, y así se llama ahora a la villa de Tabasco. Y el mismo fraile, con nuestra lengua, Aguilar, predicó a las veinte indias que nos presentaron muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos que de antes creían, que eran malos y no eran dioses, ni más les sacrificasen, que las traían engañadas, y adorasen en Nuestro Señor Jesucristo. Y luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina [a] aquella india y señora que allí nos dieron, y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona; lo cual diré adelante cómo y de qué manera fue allí traída. Y las otras mujeres no me acuerdo bien de todos sus nombres, y no hace al caso nombrar algunas; mas éstas fueron las primeras cristianas que hubo en la Nueva España, y Cortés las repartió a cada capitán la suya, y a esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puerto Carrero, que ya he dicho. [...]

Cómo doña Marina era cacica, e hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fue traída a Tabasco.

Antes que más meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran México y mexicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fue gran señora y cacica de pueblos y vasallos; y es de esta manera: Que su padre y madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenía otros pueblos sujetos a él, obra de ocho leguas de la villa de Guazacualco; y murió el padre, quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo, y hubieron un hijo, y según pareció, queríanlo bien al hijo que habían habido; acordaron entre el padre y la madre de darle el cacicazgo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche a la niña doña Marina a unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto. Y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya y publicaron que era la heredera; por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés. Y conocí a su madre y a su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre a su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido. Y después de vueltos cristianos se llamó la vieja Marta y el hijo Lázaro, y esto sólo muy bien, porque en el año de mil quinientos veinte y tres años, después de conquistado México y otras provincias, y se había alzado Cristóbal de Olid en las Hibueras, fue Cortés allí y pasó por Guazacualco. Fuimos con él aquel viaje toda la mayor parte de los vecinos de aquella villa, como diré en su tiempo y lugar; y como doña Marina en todas las guerras de la Nueva España y Tlaxcala y México fue tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo. Y en aquella sazón y viaje se casó con ella un hidalgo que se decía Juan Jaramillo, en un pueblo que se decía Orizaba, delante ciertos testigos, que uno de ellos se decía Aranda, vecino que fue de Tabasco; y aquél contaba el casamiento, y no como lo dice el coronista Gómara. Y la doña Marina tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva España.

Y estando Cortés en la villa de Guazacualco, envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina, y sobre su buen tratamiento, y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, con otros caciques. Días había que me había dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos, y bien lo sabía el capitán Cortés y Aguilar, la lengua. Por manera que vino la madre y su hijo, el hermano, y se conocieron, que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo de ella, que creyeron que los enviaba [a] hallar para matarlos, y lloraban. Y como así los vio llorar la doña Marina, les consoló y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que hacían, y se los perdonaba, y les dio muchas joyas de oro y ropa, y que se volviesen a su pueblo; y que Dios la había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos ahora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser

casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva España, no lo sería, que en más tenía servir a su marido y a Cortés que cuanto en el mundo hay. Y todo esto que digo sélo yo muy certificadamente, y esto me parece que quiere remedar lo que le acaeció con sus hermanos en Egipto a Josef, que vinieron en su poder cuando lo del trigo. Esto es lo que pasó y no la relación que dieron a Gómara, y también dice otras cosas que dejó por alto. Y volviendo a nuestra materia, doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco, como Jerónimo Aguilar sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una; entendíanse bien, y Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés; fue gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacían todas las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto porque sin ir doña Marina no podíamos entender la lengua de la Nueva España y México. Donde lo dejaré y volveré a decir cómo nos desembarcamos en el puerto de San Juan de Ulúa.

Del grande y solemne recibimiento que nos hizo el gran Montezuma a Cortés y a todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México.

[...] Ya que llegábamos cerca de México, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma de las andas, y traíanle de brazo aquellos grandes caciques, debajo de un palio muy riquísimo a maravilla, y el color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras *chalquiuis*, que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mirar en ello. Y el gran Montezuma venía muy ricamente ataviado, según su usanza, y traía calzados unos como *cotaras*, que así se dice lo que se calzan; las suelas de oro y muy preciada pedrería por encima en ellas; y los cuatro señores que le traían de brazo venían con rica manera de vestidos a su usanza, que parece ser se los tenían aparejados en el camino para entrar con su señor que no traían los vestidos con los que nos fueron a recibir, y venían, sin aquellos cuatro señores, otros cuatro grandes caciques que traían el palio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venían delante del gran Montezuma, barriendo el suelo por donde había de pisar, y le ponían mantas porque no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban en la cara, sino los ojos bajos y con mucho acato, excepto aquellos cuatro deudos y sobrinos suyos que lo llevaban de brazo. Y como Cortés vio y entendió y le dijeron que venía el gran Montezuma, se apeó del caballo, y desde que llegó cerca de Montezuma, a una se hicieron grandes acatos. El Montezuma le dio el bienvenido, y nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese el muy bien estado; y paréceme que Cortés, con la lengua doña Marina, que iba junto a Cortés, le daba la mano derecha, y Montezuma no la quiso y se la dio a Cortés. Y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margaritas, que tienen dentro de sí muchas labores y diversidad de colores y venía ensartado en unos cordones de oro

con almizque porque diesen buen olor, y se le echó al cuello el gran Montezuma, y cuando se le puso le iba [a] abrazar, y aquellos grandes señores que iban con Montezuma le tuvieron el brazo a Cortés que no le abrazase, porque lo tenían por menosprecio.

Y luego Cortés con la lengua doña Marina le dijo que holgaba ahora su corazón en haber visto un tan gran príncipe, y que le tenía en gran merced la venida de su persona a recibirle y las mercedes que le hace a la contina. Entonces Montezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento, y mandó a dos de sus sobrinos de los que le traían de brazo, que era el señor de Tezcucó y el señor de Cuauacán, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos, y Montezuma con los otros dos sus parientes, Cuedlavaca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió a la ciudad, y también se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y principales que le habían venido a acompañar; y cuando se volvían con su señor estábamoslos mirando cómo iban todos los ojos puestos en tierra, sin mirarle, y muy arrimados a la pared, y con gran acato le acompañaban; y así tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México sin tener tanto embarazo. [...]

De la prisión del gran Montezuma y lo que sobre ello se hizo.

Como teníamos acordado el día antes de prender a Montezuma, toda la noche estuvimos en oración rogando a Dios que fuese de tal manera que redundase para su santo servicio, y otro día de mañana fue acordado de la manera que había de ser. Llevó consigo Cortés cinco capitanes, que fueron Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, y Francisco de Lugo y Alonso de Ávila, y a mí, y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar; y todos nosotros mandó que estuviésemos muy a punto y los de a caballo ensillados y enfrenados. En lo de las armas no había necesidad de ponerlo yo aquí por memoria, porque siempre, de día y de noche, estamos armados y calzados nuestros alpargates, que en aquella sazón era nuestro calzado, y cuando solíamos ir a hablar a Montezuma siempre nos veía armados de aquella manera, y esto digo puesto que Cortés con los cinco capitanes iban con todas sus armas para prenderle, no lo tenía Montezuma por cosa nueva ni se alteraba de ello. Ya puestos a punto todos, enviéle nuestro capitán a hacerle saber cómo iba a su palacio, porque así lo tenía por costumbre, y no se alterase viéndolo ir de sobresalto. Y Montezuma bien entendió, poco más o menos, que iba enojado por lo de Almería, y no [lo] tenía en una castañeta, y mandó que fuese mucho en buena hora. Y como entró Cortés, después de haberle hecho sus acatos acostumbrados, le dijo con nuestras lenguas: "Señor Montezuma, muy maravillado de vos estoy que, siendo tan valeroso príncipe y haberse dado por nuestro amigo, mandar a vuestros capitanes que teníais en la costa cerca de Tuzapán que tomasen armas contra mis españoles, y tener atrevimiento de robar los pueblos que están en guarda y mamparo de nuestro rey y se-

ñor, y demandarles indios e indias para sacrificar, y matar un español, hermano mío, y un caballo". No le quiso decir del capitán ni de los seis soldados que murieron luego que llegaron a la Villa Rica, porque Montezuma no lo alcanzó a saber, ni tampoco lo supieron los indios capitanes que les dieron la guerra; y más le dijo Cortés: "que teniéndole por tan su amigo, mandé a mis capitanes que en todo lo que posible fuese os sirviesen y favoreciesen, y vuestra merced por el contrario no lo ha hecho, y asimismo en lo de Cholula tuvieron vuestros capitanes con gran copia de guerreros ordenado por vuestro mandato que nos matasen. Helo disimulado lo de entonces por lo mucho que os quiero, y asimismo ahora vuestros vasallos y capitanes se han desvergonzado y tienen pláticas secretas que nos queréis mandar matar; por estas causas no querría encomenzar guerra ni destruir esta ciudad. Conviene que para todo se excusar que luego, callando y sin hacer ningún alboroto, se vaya con nosotros a nuestro aposento, que allí seréis servido y mirado muy bien como en vuestra propia casa. Y que si alboroto o voces daba, que luego sería muerto de estos mis capitanes, que no los traigo para otro efecto".

Y cuando esto oyó Montezuma, estuvo muy espantado y sin sentido, y respondió que nunca tal mandó que tomasen armas contra nosotros, y que enviaría luego a llamar sus capitanes y se sabría la verdad, y los castigaría. Y luego en aquel instante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Uichilobos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave y de peso, para que se cumpliese, y luego se cumplía. Y en lo de ir preso y salir de sus palacios contra su voluntad, que no era persona la suya para que tal le mandase, y que no era su voluntad salir. Y Cortés le replicó muy buenas razones, y Montezuma le respondió muy mejores, y que no había de salir de sus casas; por manera que estuvieron más de media hora en estas pláticas. Y desde que Juan Velázquez de León y los demás capitanes vieron que se detenía con él y no veían la hora de haberlo sacado de sus casas y tenerlo preso, hablaron a Cortés algo alterados y dijeron: "¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O lo llevamos preso, o darle hemos de estocadas. Por eso, tórmele a decir que si da voces o hace alboroto que le mataremos, porque más vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas o las perdamos".

Y como Juan Velázquez lo decía con voz algo alta y espantosa, porque así era su hablar, y Montezuma vio a nuestros capitanes como enojados, preguntó a doña Marina que qué decían con aquellas palabras altas, y como *doña Marina era muy entendida*, le dijo: "Señor Montezuma: lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos a su aposento, sin ruido ninguno, que yo sé que os harán mucha honra, como gran señor que sois, y de otra manera aquí quedaréis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad". Y entonces Montezuma dijo a Cortés: "Señor Malinche: ya que eso queréis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimos, tomadlos en rehenes, y a mí no me hagáis esta afrenta. ¿Qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?" Tornó a decir Cortés que su persona había de ir con ellos, y no había de ser otra cosa; y en fin de muchas razones que pasaron, dijo que él iría de buena voluntad. Y entonces Cortés y nuestros capitanes le hicieron muchas quiricias y le dijeron que le pedían por merced que no hubiese enojo y que dijese a sus capitanes y a

los de su guarda que iba de su voluntad, porque había tenido plática de su ídolo Uichilobos y de los *papas* que le servían que convenía para su salud y guardar su vida estar con nosotros. Y luego le trajeron sus ricas andas, en que solía salir con todos sus capitanes que le acompañaron; fue a nuestro aposento, donde le pusimos guardas y velas. Y todos cuantos servicios y placeres que le podíamos hacer, así Cortés como todos nosotros, tanto le hacíamos, y no se le echó prisiones ningunas.

[...] Y dejaré de decir al presente de esta prisión, y digamos cómo los mensajeros que envió Montezuma con su señal y sello a llamar sus capitanes que mataron nuestros soldados, vinieron ante él presos, y lo que con ellos habló yo no lo sé, mas que se los envió a Cortés para que hiciese justicia de ellos; y tomada su confesión sin estar Montezuma delante, confesaron ser verdad lo atrás ya por mí dicho, y que su señor se lo había mandado que diesen guerra y cobrasen los tributos, y que si algunos *teules* fuesen en su defensa, que también les diesen guerra o matasen. Y vista esta confesión por Cortés, envióselo a hacer saber a Montezuma cómo le condenaban en aquella cosa; y él se disculpó cuando pudo. Y nuestro capitán le envió a decir que así lo creía, que puesto que merecía castigo, conforme a lo que nuestro rey manda, que la persona que manda matar a otros, sin culpa o con culpa, que muera por ellos; mas que le quiere tanto y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que antes la pagaría él, Cortés, por su persona que vérsela pasar a Montezuma. Y con todo esto que le envió a decir, estaba temeroso. Y sin más gastar razones, Cortés sentenció a aquellos capitanes a muerte y que fuesen quemados delante de los palacios de Montezuma, y así se ejecutó luego la sentencia. Y porque no hubiese algún embarazo entretanto que se quemaban, mandó echar unos grillos al mismo Montezuma. Y desde que se los echaron, él hacía bramuras, y si de antes estaba temeroso, entonces estuvo mucho más.

Y después de quemados fue nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes a su aposento, y él mismo le quitó los grillos, y tales palabras le dijo y tan amorosas, que se le pasó luego el enojo; porque nuestro Cortés le dijo que no solamente le tenía por hermano, sino mucho más; y que como es señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podía, el tiempo andando, le haría que fuese señor de más tierras de las que no ha podido conquistar ni le obedecían, y que si quiere ir a sus palacios, que le da licencia para ello. Y decíasele Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecía que se le saltaban las lágrimas de los ojos a Montezuma. Y respondió con gran cortesía que se lo tenía en merced. Empero bien entendió que todo era palabras, las de Cortés, y que ahora al presente que convenía estar allí preso, porque, por ventura, como sus principales son muchos y sus sobrinos y parientes le vienen cada día a decir que será bien darnos guerra y sacarlo de prisión, que desde que le vean fuera que le atraerán a ello, y que no quería ver en su ciudad revueltas, y que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar a otro señor, y que él les quitaba aquellos pensamientos con decirles que su dios Uichilobos se lo ha enviado a decir que esté preso. Y a lo que entendimos, y lo más cierto, Cortés había dicho a Aguilar que le dijese secreto que

aunque Malinche le mandase salir de la prisión, que los demás de nuestros capitanes y soldados no queríamos. Y después que aquello lo oyó Cortés, le echó los brazos encima y le abrazó y dijo: "No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como a mí mismo".

Y luego Montezuma le demandó a Cortés un paje español que le servía, que sabía ya la lengua, que se decía Orteguilla y fue harto provechoso, así para Montezuma como para nosotros, porque de aquel paje inquiría y sabía muchas cosas de las de Castilla, Montezuma, y nosotros de lo que le decían sus capitanes, y verdaderamente le era tan buen servicial el paje, que lo quería mucho Montezuma. Dejemos de hablar de cómo estaba ya Montezuma algo contento con los grandes halagos y servicios y conversación que con todos nosotros tenía, porque siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas o cascos que siempre estábamos armados, y él nos hacía gran medida y honraba a todos. [...]

Cómo el gran Montezuma preguntó a Cortés que cómo quería ir sobre Narváez, siendo los que traía Narváez muchos y Cortés tener pocos, y que le pesaría si nos viniese algún mal.

[...] Y allí le abrazó Cortés dos veces a Montezuma, y asimismo Montezuma a Cortés. Y doña Marina, como era tan avisada, se lo decía de arte que ponía tristeza con nuestra partida. Allí se ofreció que haría todo lo que Cortés le había encargado, y aun prometió que enviaría en nuestra ayuda cinco mil hombres de guerra. Y Cortés le dio las gracias por ello, más bien vio que no los había de enviar, y le dijo que no había menester más de la ayuda de Dios primeramente y de sus compañeros; y también dijo que mirase que la imagen de Nuestra Señora y la cruz que siempre tuviesen enramado y con candelas de cera ardiendo de noche y de día, y que no consintiesen a ningún *papa* que hiciesen otra cosa, porque en aquello conocería su buena amistad. Y después de tornados otra vez a abrazarse, le dijo que le perdonase que no podía estar más con él por entender en la partida. Y luego habló a Pedro de Alvarado y a todos los soldados que con él quedaban, y les encargó que en todo guardasen al gran Montezuma no se soltase, y obedeciesen a Pedro de Alvarado, y que prometía que, mediante Nuestro Señor, que los había de hacer a todos ricos. [...]

26. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa, 1992.

La escena entre Aguilar, Cortés, Marina y Moctezuma según los informantes nahuas de Bernardino de Sahagún: para ellos Marina es una intermediaria, el cristal fatídico que permite la doble visión.

27

Marina, cristal de los informantes de Bernardino de Sahagún

Diálogo de Motecuhzoma y Cortés

Cuando él hubo terminado de dar collares a cada uno, dijo Cortés a Motecuhzoma:

– ¿Acaso eres tú? ¿Es que ya tú eres? ¿Es verdad que eres tú Motecuhzoma?

Le dijo Motecuhzoma:

– Sí, yo soy.

Inmediatamente se pone en pie, se para para recibirlo, se acerca a él y se inclina, cuanto puede dobla la cabeza; así lo arenga, le dijo:

– Señor nuestro: te has fatigado, te has dado cansancio: ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos.

»Los señores reyes, Itzcoatzin, Motecuhzomatzin el Viejo, Axayácatl, Tizoc, Ahuítzotl. Oh, que breve tiempo tan sólo guardaron para ti, dominaron la ciudad de México. Bajo su espalda, bajo su abrigo estaba metido el pueblo bajo.

»¿Han de ver ellos y sabrán acaso de los que dejaron, de sus pósteros?

»¡Ojalá uno de ellos estuviera viendo, viera con asombro lo que yo ahora veo venir en mí!

»Lo que yo veo ahora: yo el residuo, el superviviente de nuestros señores.

»No, no es que yo sueño, no me levanto del suelo adormilado: no lo veo en sueños, no estoy soñando...

»¡Es que ya te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tu rostro...!

»Ha cinco, ha diez días yo estaba angustiado: tenía fija la mirada en la Región del Misterio.

»Y tú has venido entre nubes, entre nieblas.

»Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad:

»Que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitio, que habrías de venir acá...

»Pues ahora, se ha realizado: Ya tú llegaste, con gran fatiga, con afán viniste.

»Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; da refrigerio a tu cuerpo.

«¡Llegad a vuestra tierra, señores nuestros!

Cuando hubo terminado la arenga de Motecuhzoma: la oyó el Marqués, se la tradujo Malintzin, se la dio a entender.

Y cuando hubo percibido el sentido del discurso de Motecuhzoma, luego le dio respuesta por boca de Malintzin. Le dijo en lengua extraña; le dijo en lengua salvaje:

– Tenga confianza Motecuhzoma, que nada tema. Nosotros mucho lo amamos. Bien satisfecho está hoy nuestro corazón. Le vemos la cara, lo oímos. Hace ya mucho tiempo que deseábamos verlo.

Y dijo esto más:

– Ya vimos, ya llegamos a tu casa en México; de este modo, pues, ya podrá oír nuestras palabras, con toda calma.

Luego lo cogieron de la mano, con lo que lo fueron acompañando. Le dan palmadas al dorso, con que le manifiestan su cariño.

27. *Informantes de Bernardino de Sahagún, Códice Florentino, en Literatura del México Antiguo - Los textos en lengua náhuatl.* Edición, estudios introductorios y versiones de textos de Miguel León Portilla, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986.

Al revés de la *Brevísima Relación de la destrucción de las Indias*, que circuló y fue traducida a otras lenguas europeas desde mediados del siglo XVI, los volúmenes de la *Historia de las Indias* no fueron publicados hasta 1875-1876. En el vasto plan de Bartolomé de las Casas, Malinalli no es convertida (como en Bernal Díaz) en personaje de leyenda, sino mostrada desde el punto de vista de su uso social (racial y genérico) específico. Es notable el completo dispositivo de interpretación política de los hechos que subyace al plan histórico de Las Casas, si se lo compara con el tono aparentemente más casual, menos signado por un objetivo único, de Bernal Díaz o de Cortés.

Marina como víctima

Capítulo 121

Hallóse una india, que después se llamó Marina y los indios la llamaban Malinche, de las veinte que presentaron a Cortés en la provincia de Tabasco, que sabía la lengua mexicana, porque había sido, según dijo ella, hurtada de su tierra de

hacia Xalisco, de esa parte de México que es el Poniente, y vendida de mano en mano hasta Tabasco; ésta sabía ya la lengua de Tabasco, y aunque aquella lengua era diversa de la de Yucatán, donde Aguilar había estado, todavía entendía algunos vocablos. Visto Cortés que la india entendía los mexicanos, diola a Aguilar, que comunicase mucho con ella, tratando de hablar y aprender vocablos para que se entendiesen y pudiese por medio della entender los secretos de la tierra, y poder dar noticia a los indios de lo que deseaba. Con esta india comenzó a hablar con el gobernador de aquella provincia; Cortés hablaba a Aguilar y Aguilar decía a la india, según él podía declarar por algunos vocablos, puesto que con mucha falta, dello por palabras, dello por señas y meneos, con que los indios mucho más que otras generaciones entienden y se dan a entender, por tener muy vivos los sentidos exteriores y también los interiores, mayormente que es admirable su imaginación. Finalmente, bien o mal, dijole: "Que él y aquellos cristianos venían del otro mundo, muy lejos, dese cabo de la mar, y que lo enviaba un gran rey, su señor, para ver aquellas tierras y a buscar de aquel metal que relucía y a darles de sus cosas de Castilla, que eran muy preciosas". Y, a lo que yo creo, poco se pudieron entender por entonces del señorío, que algunos dicen que Cortés dijo y encareció al gobernador, de los reyes de Castilla, ni del que pudo el gobernador engrandecer de su señor y rey Moctezuma, sino aquello que por señas bien se podía entender, como era el ansia que mostraban de haber oro.

Éstas son sus formales palabras. Veis aquí con qué tiene Cortés engañado a todo el mundo y no sin culpa de muchos de los que lean su falsa historia, no considerando que aquéllos estaban quietos en sus casas, sin ofensa nuestra ni de nadie, y que no eran moros ni turcos que nos infestan y maltratan, no mirando más del sonido, que mató y que venció, y, como ellos dicen, conquistó tantas naciones y robó para sí y envió tanto oro a España y llegó a ser marqués del Valle; y desta culpa, los lectores della no son inmunes, al menos los que son letrados.

Los desventurados indios, viéndose así tan disipados y apocados de tanto estrago, todos fueron de parecer que, porque aquellos hombres eran tan fuertes y traían tan terribles armas y sobre todo aquellos animales que tanto corrían y alcanzaban, y sobre ellos tan mal los trataban y los acabarían de asolar, el señor acordó de les enviar ciertos indios viejos, que debían ser principales, a tratar de paz y seguridad. Dice Gómara, que vinieron a pedir perdón de lo pasado, como si grandes agravios les hubieran hecho: porque veáis la insensibilidad de Gómara o, por mejor decir, el escarnio que de la justicia y de la verdad hace. Recibiólos bien Cortés, y dioles cosillas de rescates de Castilla, diciéndoles por señas, como se podía declarar, que tornasen a hablar a su señor y lo indujesen a que viniese a ver con él, y que no tuviese miedo que recibiría mal alguno, y otras señas semejantes; y para más mostrarle seguridad, soltó a todos los indios que habían preso en la batalla e hizo curar los que de heridas estaban maltratados.

28. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Libro III, edición, prólogo, notas y cronología de André Saint-Lu, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986.